

# EL LIBERALISMO ECONÓMICO: ¿CIENCIA O IDEOLOGÍA?

Jesús L. Paradinas Fuentes  
Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia

## Introducción

El liberalismo económico es una doctrina que pretende legitimar científicamente las instituciones fundamentales del sistema económico capitalista: el libre mercado y la propiedad privada de los medios de producción<sup>1</sup>. Según esta doctrina, el Estado no solo no tiene que intervenir en el mercado, porque cuando éste actúa libremente funciona como un sistema autorregulado que produce espontáneamente un orden que beneficia al conjunto de la sociedad, aunque los que acuden a él busquen únicamente su propio interés, sino que debe promover la propiedad privada de los medios de producción porque ésta es más eficiente que la pública.

El sistema económico capitalista, a pesar de sus continuas crisis, se ha impuesto en casi todo el mundo, entre otras razones, porque ha sido aceptado tanto por los partidos políticos de “derechas” como por algunos partidos políticos socialistas que, a pesar de ello, se siguen considerando partidos de “izquierdas”.

Ya en 1959, en el congreso celebrado en Bad Godesberg (Alemania), el partido socialdemócrata alemán abandonó el marxismo y se plegó a las exigencias del capitalismo. También lo hizo en 1979 el Partido Socialista Obrero Español. Es más, el gobierno de Felipe González (1982-1996), en contra de la doctrina oficial de los partidos socialistas que, todavía en 1989, seguían apostando por “la socialización y la propiedad pública en el marco de una economía mixta”, privatizó, total o parcialmente, muchas de las empresas públicas que existían entonces en España<sup>2</sup>. Poco después, en el año 2011, el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero, de acuerdo con el Partido Popular, modificó el artículo 135 de la Constitución española para anteponer el pago de la deuda pública a cualquier otro gasto del Estado, con lo que cualquier objetivo de política social tenía que posponerse a los compromisos contraídos con el capitalismo financiero.

Los partidos políticos de derechas fueron aún más lejos. Ya en la década de los 80 asumieron las doctrinas económicas neoliberales que triunfaron en EEUU y en Gran Bretaña y las impusieron en los países en los que gobernaban. Estas doctrinas, que promovieron una importante desregulación de los mercados, fueron aprovechadas por las grandes empresas, sobre todo por las financieras, para conseguir ingentes beneficios sirviéndose de todo tipo de maniobras especulativas.

---

<sup>1</sup> Sobre la legitimación de las instituciones véase P. L. BERGER-T. LUCMANN, *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu editores, 2006, pp. 118-161.

<sup>2</sup> “El movimiento socialista democrático sigue defendiendo la socialización y la propiedad pública en el marco de una economía mixta. El control democrático de la economía es hoy más crucial que nunca ante la internacionalización del sistema económico y la revolución tecnológica mundial”. Punto 60 de la Declaración de Principios de la Internacional Socialista adoptada en el Congreso celebrado en Estocolmo en 1989. Sin embargo, Felipe González privatizó, total o parcialmente, entre otras, las siguientes empresas: SEAT, ENASA, ACESA, REPSOL, ENDESA, GESA, ENCE, ARGENTARIA, TABACALERA y TELEFÓNICA.

Como consecuencia de ello han aumentado gravemente las desigualdades económicas existentes entre los seres humanos, al favorecerse el crecimiento de las rentas del capital a costa de reducir las del trabajo.

La conformidad existente entre el poder político y el económico ha dado a los capitalistas todo tipo de ventajas. La desaparición de la URSS en 1990 ha acabado con el miedo que tenían al comunismo, por lo que no han considerado necesario conservar el llamado “Estado del Bienestar”. La globalización de la economía les permite invertir su dinero en países que tengan una mano de obra más barata para aumentar sus beneficios. Los paraísos fiscales les sirven no solo para ocultar sus ganancias, sino para verse libres de tributar por ellas en los países en los que las consiguen. Dominan los llamados medios de comunicación en el mundo entero (prensa, radio y televisión) y los utilizan para hacer propaganda de las ideas y valores que les convienen, etc., etc.

Así pues, dada la subordinación de las elites políticas a las económicas y la connivencia existente entre los gobernantes y los empresarios, no parece que el sistema económico capitalista, aunque algunos estudiosos llevan tiempo anunciando su desaparición, tenga los días contados<sup>3</sup>.

Sin embargo, esto no quiere decir que dicho sistema no deba ser criticado mostrando que el liberalismo económico, la doctrina que pretende legitimar las instituciones fundamentales del sistema económico capitalista, no es una doctrina científica, sino una doctrina ideológica que ha servido y sirve para justificar los intereses de ciertas clases sociales.

Para ello vamos a hacer dos cosas. La primera, dar cuenta de la evolución que ha experimentado el pensamiento económico a lo largo de la historia para poner de manifiesto que dicho pensamiento, no solo el liberal, ha sido y sigue siendo más ideológico que científico<sup>4</sup>. La segunda, comprobar que Adam Smith, el filósofo escocés que ha sido calificado de “padre” del capitalismo moderno, para justificar el liberalismo económico no se basó en fundamentos científicos, sino en fundamentos teológicos.

### **El pensamiento económico en la Grecia clásica**

El pensamiento económico (de *oikos*, casa y *nomos*, ley), como indica su nombre, nació en la Grecia clásica para responder a los problemas que planteaba el gobierno de la comunidad doméstica cuando en la economía griega, que dependía sobre todo de las labores agrícolas y ganaderas realizadas por esclavos, se desarrollaron también actividades económicas comerciales y financieras. Los problemas que surgieron entonces llevaron a algunos pensadores a criticarlas. El más importante de todos ellos, y el que más influencia ha ejercido, como vamos a ver, en el pensamiento económico posterior ha sido, sin duda alguna, Aristóteles (385-323 a.C.).

Aristóteles, después de reconocer que los seres humanos para vivir necesitan disponer de bienes materiales, distingue dos formas de conseguirlos. La primera forma, que es parte de la

---

<sup>3</sup> En España, para dar cuenta de esta connivencia, se ha creado una expresión coloquial, “puerta giratoria”, para referirse a un hecho bastante frecuente: que los que han formado parte del Gobierno del país, pertenezcan a partidos políticos de derechas o de izquierdas, son nombrados consejeros de todo tipo de empresas privadas, y que directivos de estas empresas pasen a desempeñar cargos públicos.

<sup>4</sup> Para rechazar que se les acuse de ser los “ideólogos” de las clases sociales dominantes, algunos economistas dicen que el pensamiento económico debe limitarse a la “economía positiva”, al análisis de “lo que es”, dejando a un lado la “economía normativa”, la que propone “lo que debe ser”. Este intento ha dado origen a constantes discusiones, incluso entre los propios economistas, porque muchos de ellos no admiten esta distinción, dado que la economía no es una ciencia natural, sino una ciencia social. Cf., T. W. HUTCHISON, *Economía positiva y objetivos de política económica*. Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1971.

administración doméstica, trata de adquirir las cosas que son “indispensables para la vida y útiles a la comunidad”<sup>5</sup>. La segunda forma, en cambio, busca adquirir riqueza y propiedades ilimitadamente<sup>6</sup>.

De acuerdo con esta distinción, enumera el Estagirita las formas de vivir que considera naturales, entre las que menciona la piratería, el bandidaje e incluso la guerra, excluyendo expresamente de ellas el cambio y el comercio<sup>7</sup>.

Aristóteles hace también otra importante distinción entre el valor de uso y el valor de cambio de los bienes. En efecto, enseña que las cosas que poseemos tienen dos usos y, por lo tanto, un doble valor, pues pueden utilizarse de dos maneras: usándolas o cambiándolas por otras cosas<sup>8</sup>. Ahora bien, aunque al cambiar unas cosas por otras no les estamos dado su uso natural, piensa que es una forma natural de adquirir bienes, pero advierte que dará origen a otro tipo de cambio, que calificará de no natural, cuando se inventó el dinero para facilitar los cambios<sup>9</sup>.

Según el Estagirita, fue la invención del dinero lo que dio origen al comercio de compraventa, que ahora llama “segunda forma de la crematística”, la que no tiene como objetivo conseguir los bienes que son necesarios para la vida, sino obtener ganancias<sup>10</sup>. La primera forma de crematística, la que pertenece a la administración doméstica, es, como dijimos, conforme a la naturaleza para Aristóteles. En cambio, la segunda forma de crematística, la de los comerciantes, no está de acuerdo con la naturaleza<sup>11</sup>. La crematística comercial, la forma no natural de adquirir bienes, se manifiesta, según el Estagirita, de tres maneras: la compraventa, el préstamo con interés y el trabajo asalariado<sup>12</sup>.

Así pues, el Estagirita condenó no solo las actividades comerciales, las financieras y las patronales, sino también a los que se dedican a ellas basándose en el supuesto de que no son “naturales”. Estas condenas, como veremos a continuación, no solo serán matizadas en el pensamiento económico posterior, sino que serán sustituidas por alabanzas cuando los comerciantes, los financieros y los patronos sean cada vez más necesarios y asciendan económica y socialmente.

### **El pensamiento económico medieval y renacentista**

En la Edad Media, el desarrollo económico de las ciudades llevó a los teólogos escolásticos a revisar el pensamiento económico aristotélico intentado conciliar el ejercicio de esas actividades con la moral cristiana.

El teólogo escolástico más influyente, Tomás de Aquino (1225-1274), aunque sigue examinando las relaciones comerciales y financieras desde una concepción finalista, sustituye el finalismo basado en la naturaleza de las cosas por el finalismo de la ley natural, que es el medio que tiene la criatura racional para distinguir lo que está bien de lo que está mal<sup>13</sup>. Así pues, como según la ley natural hay algunas actividades humanas, como las comerciales, que no son buenas o malas por naturaleza, sino que su bondad o maldad depende de la intención del que las realiza, éstas pueden ser buenas y, por

<sup>5</sup> ARISTÓTELES, *Política*, lib. I, cap. 8. Madrid, Alianza Editorial, 2009, p. 59.

<sup>6</sup> *Ib.*, lib. I, cap. 9, p. 60.

<sup>7</sup> *Ib.*, lib. I, cap. 8, p. 58.

<sup>8</sup> *Ib.*, lib. I, cap. 9, p. 60.

<sup>9</sup> *Ib.*, lib. I, cap. 9; p. 61.

<sup>10</sup> *Ib.*

<sup>11</sup> *Ib.*, lib. I, cap. 10; p. 64.

<sup>12</sup> *Ib.*, lib. I, cap. 11; p. 66.

<sup>13</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I-II, q. 91, art. 2

lo tanto, lícitas. Consecuentemente, admite la licitud del lucro que obtienen los comerciantes, siempre que sea “moderado” y lo destinen a buenos fines<sup>14</sup>.

Ahora bien, aunque sigue considerando ilícito percibir un precio por el uso del dinero prestado, que es a lo que se denomina usura, admite en cambio que el prestamista reciba una cantidad mayor de la que prestó como compensación si ha sufrido algún daño (*dannum emergens*) por no poder disponer durante un tiempo del dinero que poseía, pero no por no haber obtenido, supuestamente, un beneficio si hubiera dispuesto de él (*lucrum cessans*)<sup>15</sup>.

Así pues, encontramos ya en Tomás de Aquino una cierta aceptación de las actividades económicas de los comerciantes y de los prestamistas.

A partir de la segunda mitad del siglo XIV se produjeron en algunos lugares de Europa importantes cambios que modificaron la vida y la mentalidad de los seres humanos. Los avances de las técnicas, el desarrollo de la economía monetaria, el desplazamiento del centro económico a las ciudades, el florecimiento del comercio, de la industria y de la artesanía, etc., fomentaron el aumento de la población y la mejoría del nivel de vida. Todo ello llevó al ascenso económico y social de las profesiones burguesas que más habían contribuido a crear la nueva situación: ingenieros, artesanos, mercaderes, prestamistas, etc. Apareció un nuevo ideal del sabio, que no es ya el hombre que contempla sino el que es capaz de transformar la naturaleza; y un nuevo ideal del saber, que es ahora el práctico y el productivo en lugar del especulativo. Triunfaron nuevos valores, distintos de los medievales que habían favorecido a la nobleza y al clero, que justificaban no sólo la nueva posición socioeconómica de la burguesía ascendente, sino su nueva forma de entender la vida.

La concepción aristotélica de la economía se sustituyó por otra que era más favorable a los intereses de dicha burguesía. El movimiento humanista será el encargado desarrollar una nueva visión del mundo de la que forma parte una nueva visión de la economía que se manifestó, sobre todo, en la valoración positiva de las riquezas, del comercio y de los préstamos con interés<sup>16</sup>.

Por lo tanto, a medida que los comerciantes y los prestamistas eran cada vez más necesarios y empezaron a formar parte de los grupos sociales dominantes, se fueron introduciendo importantes novedades en el pensamiento económico de raíz aristotélica.

En el siglo XVI, para responder a la nueva situación económica creada por la llegada a Europa de grandes cantidades de oro y plata procedente del continente americano, que produjo un importante y continuo aumento de los precios de las mercancías, primero en España y después en el resto de Europa. Hasta tal punto aumentaron que se triplicaron en dicho siglo, algo anormal en aquel tiempo en el que los seres humanos estaban acostumbrados a una mayor estabilidad de los precios. Fue entonces cuando los doctores escolásticos de la Escuela de Salamanca elaboraron dos nuevas teorías económicas que permitían justificar moralmente, en algunos casos, las ganancias obtenidas en los intercambios monetarios.

---

<sup>14</sup> *Ib.*, II-II, q. 77, art. 4

<sup>15</sup> *Ib.*, II-II, q. 78, art. 2, ad 1.

<sup>16</sup> “El humanismo representa en este caso una ideología que realiza una función muy determinada en la lucha por la emancipación y la conquista del poder por la capa social burguesa en progresión ascendente. La idea de un saber “puramente humano”, que persigue verdades “humanas generales”, junto con el *ethos* de la *virtú* personal, fundada en la capacidad individual y las fuerzas propias de cada individuo, representa la negación de todos los privilegios de los diferentes órdenes, de todas las pretendidas prerrogativas de nacimiento y estado, y es el sustituto de la doctrina, mantenida por el clero, de los poderes sobrenaturales, basado en una filosofía “natural...”. A. VON MARTIN, *Sociología del Renacimiento*. México, F. C. E., 1988, p. 46.

La primera, la teoría cuantitativa del valor del dinero, enseñaba que el aumento de los precios de las mercancías no se debe siempre a la especulación de los comerciantes, sino al aumento de la cantidad de dinero en circulación. Esta teoría justificaba que los comerciantes subieran los precios de las mercancías a medida que dicha cantidad se incrementaba.

La segunda, la teoría de los intercambios monetarios según la paridad del poder adquisitivo, al enseñar que los cambios monetarios que se realizan entre distintas plazas dando en una y recibiendo en otra una cantidad distinta de la misma moneda, no son siempre prácticas usurarias sino consecuencia de la diferente estima de dicha moneda en cada lugar, sirvió para justificar que los cambistas recibieran más dinero en las plazas en las que éste abundaba.

### **El origen de la economía política**

El importante desarrollo de la actividad mercantil durante los siglos XVI y XVII va a suponer un cambio decisivo en la concepción tradicional de la economía. Los comerciantes, dedicados a una actividad económica que trata de conseguir el máximo beneficio posible, algo que, como dijimos, había sido condenado por Aristóteles, ascenderán socialmente y propondrán una nueva idea que estaba de acuerdo con sus intereses: que el fin de la economía es conseguir aumentar la riqueza. Por lo tanto, a partir de ahora, los que se dedican a reflexionar sobre los hechos económicos se preguntan de qué depende el aumento de la riqueza y en qué consiste. La respuesta a la primera pregunta, congruente con el desarrollo del comercio antes aludido, es que el aumento de la riqueza depende del comercio, de prácticas mercantiles favorables. La respuesta a la segunda es que la riqueza consiste en acumular metales preciosos.

Aparece entonces una nueva doctrina económica que ha sido considerada por algunos investigadores como el primer intento de hacer de la economía una verdadera ciencia: el mercantilismo. Esta doctrina defiende ya claramente tres cosas: que la finalidad de la economía es adquirir riquezas, que esto se consigue mediante intercambios favorables, es decir, comerciando, y que el Estado es el principal sujeto de la actividad económica.

El francés Montchrestien (1578-1621) expone ya las nuevas ideas, contrarias a las aristotélicas, en un escrito, publicado en 1615, que tituló, con la clara intención de dar nuevo nombre y contenido a la antigua ciencia económica, *Tratado de economía política*. En él sostiene, contra la opinión de Aristóteles y de Jenofonte, que no es posible separar la economía de la política, que la economía no es la ciencia que nos enseña a adquirir y administrar los bienes que son necesarios y útiles para la vida, sino la “ciencia de la riqueza”, que la felicidad de los seres humanos consiste principalmente en la riqueza y que los comerciantes son más que útiles al Estado.

Por lo tanto, como para los mercantilistas la riqueza depende del comercio, la actividad mercantil, que había sido condenada por Aristóteles si estaba encaminada a aumentar sin límite la riqueza y no a satisfacer las necesidades humanas, se convierte en beneficiosa para la sociedad.

Ahora bien, para justificar el afán de lucro, para poder decir que la búsqueda ilimitada de riqueza por parte de unos pocos produce beneficios a toda la sociedad, había que formular un nuevo pensamiento económico que no estuviera sometido a los valores morales. Esto se logró, como vamos a ver, sustituyendo el paradigma finalista con el que se habían estudiado los fenómenos económicos por un nuevo paradigma científico: el mecanicista.

Efectivamente, el pensamiento económico moderno, el que recibe actualmente el calificativo de “científico”, depende de la visión mecanicista del mundo que se impuso en el pensamiento europeo en el siglo XVII de acuerdo con los planteamientos de Galileo (1564-1642) y de Descartes (1596-1650). A partir de ese momento, los filósofos sociales, inspirados en los éxitos de la revolución

científica, sin tener en cuenta que el mundo social, a diferencia del mundo físico, es una construcción humana, trataron de descubrir leyes naturales en el funcionamiento de la sociedad.

Uno de los primeros filósofos en aplicar el nuevo paradigma científico al estudio de la sociedad humana fue el inglés Thomas Hobbes (1588-1679). Según Hobbes las sociedades funcionan como las máquinas, y así como éstas están compuestas de piezas, las sociedades están compuestas de individuos. Por lo tanto, analizando el funcionamiento de las piezas que forman la máquina, los individuos, podemos conocer el funcionamiento de toda la máquina, la sociedad. A pesar de ello, Hobbes sigue pensando todavía que la lucha que se establece entre los seres humanos para conseguir los bienes materiales no es beneficiosa para la sociedad, sino que puede acabar con ella. Todavía queda un largo camino hasta que se imponga la idea de que la competencia que se establece entre los individuos en la persecución del propio interés no solo no acaba con la sociedad, sino que es beneficiosa para ella.

La visión mecanicista del mundo natural y del mundo social triunfó por completo cuando Isaac Newton (1642-1727), en su obra *Principios matemáticos de la filosofía natural* (1687), formuló matemáticamente las leyes que explican el funcionamiento del universo. A partir de entonces los filósofos asumieron el supuesto de que la sociedad funciona también espontáneamente como una máquina. De acuerdo con este planteamiento, el filósofo inglés John Locke (1632-1704) defendió la idea de que las leyes sociales que debían regir el comportamiento humano, conforme a las cuales debería organizarse la sociedad, eran análogas a las leyes de la naturaleza. En sus escritos económicos enseñó que el egoísmo es la fuerza motriz de la conducta humana, y que el Estado, en lugar de intervenir en economía como pretendían los mercantilistas, debía limitarse a proteger la propiedad privada y a facilitar los intercambios entre los particulares.

Como el nuevo paradigma científico mecanicista era incompatible con el intervencionismo económico defendido por los mercantilistas, apareció en el pensamiento económico una nueva doctrina que, en lugar de favorecer a los comerciantes, favorecía a los terratenientes: la fisiocracia, según la cual la riqueza no se obtiene comerciando, sino explotando los recursos naturales. El irlandés Richard Cantillon (1680-1734), que nació en una rica familia terrateniente y se convirtió después en un próspero banquero, defiende ya la idea de que el valor de las cosas depende de la tierra y del trabajo:

“El precio o valor intrínseco de una cosa es la medida de la cantidad de tierra y de trabajo que entran en su producción, teniendo en cuenta la fertilidad de la tierra y la calidad del trabajo... Pero sucede frecuentemente que muchas cosas que tienen un determinado valor intrínseco no son vendidas en el mercado de acuerdo con dicho valor; su valor en mercado dependerá de los caprichos y hábitos de los hombres y de su consumo”<sup>17</sup>-

Uno de los partidarios de la teoría de los fisiócratas, el francés François Quesnay (1694-1774), estableció, de acuerdo con su profesión médica, un paralelismo entre la circulación de la sangre en el cuerpo humano y la circulación de la riqueza en la sociedad, y defendió la idea de que los fenómenos económicos están regidos, al igual que los fenómenos físicos, por leyes naturales que son independientes de las normas y de la voluntad de los seres humanos. En consecuencia, se muestra partidario de no intervenir en la economía porque lo que hay que hacer es respetar el funcionamiento de dichas leyes.

En 1758 publicó el famoso *Tableau économique* en el que explicaba gráficamente como se producía, automáticamente, la circulación de los bienes económicos entre los distintos grupos

---

<sup>17</sup> R. CANTILLON, *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*. Cita tomada de J. J. SPENGLER, “Richard Cantillon: El primero de los modernos”. Reproducido de *The Journal of Political Economy*, LXII (1954), p. 135.

humanos de la sociedad: los productivos (agricultores), los improductivos (artesanos) y los propietarios de las tierras. En una obra posterior, publicada en 1763, titulada *Filosofía rural o economía general y política de la agricultura*, insistirá no solo en el funcionamiento mecánico de la economía, sino en la necesidad de servirse del análisis matemático para comprenderlo.

Curiosamente, fue también un médico, en este caso el holandés Bernard de Mandeville (1670-1733), uno de los primeros en defender los valores individualistas en las actividades económicas al proponer la idea de que hay pasiones humanas que no solo no perjudican, sino que favorecen el desarrollo económico de la sociedad.

En efecto, ya en 1705 publicó un poema satírico, *La colmena rezongona o los golfos convertidos en honrados*, que reeditó, conveniente mejorado en 1714, con un nuevo título: *La fábula de las abejas o vicios privados, beneficios públicos*, en el que narra como una colmena, espejo de la sociedad humana, vive en el vicio y con prosperidad. En un momento dado desea recupera la virtud y, cuando esta llega, desaparece la prosperidad y aparece la pobreza, el tedio y la disminución de la población. Para Mandeville, por lo tanto, hay vicios humanos que no solo no impiden la existencia de la sociedad, sino que son la condición de su prosperidad, porque los males se neutralizan los unos a los otros produciendo, finalmente, el bien de la comunidad.

También algunos filósofos morales, como Shaftesbury (1671-1713) y Hutcheson (1694-1746), que fue profesor de Adam Smith, defendieron la idea de que hay pasiones humanas, como la moderada adquisición de riqueza, que no solo no dañan el bien público, sino que contribuyen a conseguirlo. Un paso más en la justificación moral de las pasiones lo dio el filósofo escocés David Hume (1711-1776) al enseñar que los juicios morales de los seres humanos no dependen de la razón, sino de los sentimientos. Criticó, por lo tanto, el racionalismo moral de origen griego que había servido hasta entonces para distinguir el bien del mal y las conductas virtuosas de las viciosas, afirmando, en contra de lo dicho por Aristóteles, que es la razón la que tiene que someterse a las pasiones y no al revés. Es más, Hume, que tanto influirá en el pensamiento de Adam Smith (1723-1790), no solo pensaba que el mundo era “una gran máquina, subdividida en infinitas máquinas más pequeñas”, sino que había sido ordenado por “el Autor de la Naturaleza”:

“Pasead vuestra mirada por el mundo, contempladlo en su totalidad y a cada una de sus partes: encontraréis que no es sino una gran máquina, subdividida en un infinito número de máquinas más pequeñas, que a su vez admiten subdivisiones hasta un grado que va más allá de lo que pueden rastrear y explicar los sentidos y facultades del ser humano. Todas esas diferentes máquinas, y hasta sus partes más diminutas, están ajustadas entre sí con una precisión que cautiva la admiración de cuantos hombres las han contemplado. La curiosa adaptación de los medios a los fines, a lo largo y ancho de toda la naturaleza, se asemeja exactamente, aunque excediéndolos con mucho, a los productos del humano ingenio: del designio, el pensamiento, la sabiduría, y la inteligencia humana. Puesto que los efectos, por tanto, se asemejan unos a otros, nos sentimos inclinados a inferir, por todas las reglas de la analogía, que también las causas se asemejan, y que el Autor de la naturaleza es en algo similar a la mente del hombre, aunque dotado de facultades mucho más amplias, que están en proporción con la grandeza de la obra que ha ejecutado”<sup>18</sup>.

Todo estaba, por lo tanto, preparado para que, de acuerdo con el triunfo de la visión mecanicista del mundo y de los nuevos valores morales individualistas, se intentara justificar moralmente una nueva doctrina que, en lugar de favorecer a los terratenientes, beneficiaba a la burguesía industrial: el liberalismo económico.

### **La justificación del liberalismo económico: Adam Smith**

<sup>18</sup> D. HUME, *Diálogos sobre la religión natural*. Madrid, Tecnos, 2004, p. 76.

El filósofo escocés Adam Smith ha sido reconocido, casi unánimemente, como el autor que sentó las bases de la economía científica moderna al haber realizado, en su obra titulada *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776), un amplio estudio acerca del proceso de creación y acumulación de la riqueza. Como era un filósofo moral, se sintió obligado a justificar moralmente el liberalismo económico, aunque los fundamentos en los que se basó para ello no están enunciados en la obra antes citada, sino en una obra anterior, en la *Teoría de los sentimientos morales* (1759). Veamos algunos de ellos:

1º Las reglas de la moralidad fueron establecidas por la religión mucho antes de que lo hiciera la razón y la filosofía:

“... la religión, incluso en su forma más ruda, sancionó las reglas de la moralidad mucho antes de la era del razonamiento elaborado y la filosofía. El que los pavores religiosos promulgaran así el sentido natural del deber resultaba demasiado importante para la felicidad de la humanidad como para que la naturaleza abandonara el asunto a la lentitud e incertidumbre de las disquisiciones filosóficas”<sup>19</sup>.

2º Cuando seguimos las normas que nos dictan nuestras facultades morales, lo que hacemos es ayudar a que se cumpla el plan que ha establecido la providencia divina para lograr la felicidad de la humanidad:

“Al obrar conforme a los dictados de nuestras facultades morales, necesariamente buscamos los medios más efectivos para promover la felicidad de la humanidad y por ello cabe argumentar que en algún sentido cooperamos con la Deidad y ayudamos en la medida de nuestras posibilidades al plan de la providencia. Si actuamos de otra manera en alguna medida obstaculizamos la estrategia que el Autor de la naturaleza ha diseñado para la felicidad y perfección del mundo, y en alguna medida nos declaramos, por así decirlo, enemigos de Dios”<sup>20</sup>.

3º. El universo es una inmensa máquina que ha sido planificada y dirigida por Dios para que produzca siempre la mayor cantidad posible de felicidad.

“La idea del Ser divino, cuya benevolencia y sabiduría desde toda la eternidad ha planeado y conducido la inmensa máquina del universo de forma de producir en todo momento la mayor cantidad posible de felicidad, es sin duda el más sublime de los objetos de la contemplación humana”<sup>21</sup>.

4º. Como ha sido Dios el que ha planeado y conducido desde siempre el gran sistema del universo, no es el hombre, sino Dios el que tiene que administrarlo:

“La administración del gran sistema del universo, el cuidado de la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles, es labor de Dios, no del hombre”<sup>22</sup>.

5º. También la sociedad humana funciona como una gran máquina que está dotada de ordenados y armoniosos movimientos que producen efectos agradables.

---

<sup>19</sup> A. SMITH, *Teoría de los sentimientos morales*. Madrid, Alianza Editorial, 1997. Parte III, 5, p. 300.

<sup>20</sup> *Ib.*, p. 303.

<sup>21</sup> *Ib.* Parte VI, sección II, 3, p. 423.

<sup>22</sup> *Ib.*

“La sociedad humana, cuando la contemplamos desde una perspectiva abstracta y filosófica, parece una gran máquina, una inmensa máquina cuyos movimientos ordenados y armoniosos dan lugar a numerosas consecuencias agradables”<sup>23</sup>.

6º. La gran máquina que es la sociedad humana funciona también ordenada y armoniosamente porque “una mano invisible” consigue que los ricos, a pesar de su natural egoísmo y avaricia, a pesar de buscar únicamente la satisfacción de sus vanos e insaciables deseos, distribuyan parte de sus bienes a los pobres, promuevan el interés de la sociedad y aporten los medios necesarios para la propagación de la especie humana:

“Los ricos sólo seleccionan del conjunto lo que es más precioso y agradable. Ellos consumen apenas más que los pobres, y a pesar de su natural egoísmo y avaricia, aunque sólo buscan su propia conveniencia, aunque el único fin que se proponen es la satisfacción de sus propios vanos e insaciables deseos, dividen con los pobres el fruto de todas sus propiedades. Una mano invisible los conduce a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida que habría tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones iguales entre todos sus habitantes, y así sin pretenderlo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad y aportan medios para la multiplicación de la especie”<sup>24</sup>.

7º. La división de la tierra entre unos pocos propietarios es también obra de Dios:

“Cuando la providencia distribuyó la tierra entre unos pocos patronos señoriales ni olvidó ni abandonó a los que parecían haber quedado excluidos del reparto. También éstos disfrutaban de todo lo que produce. En lo que constituye la genuina felicidad de la vida humana, no están en ningún sentido por debajo de quienes parecían ser tan superiores a ellos”<sup>25</sup>.

Podemos, por lo tanto, decir que el filósofo escocés justificó el liberalismo económico basándose en fundamentos teológicos. En efecto, según Adam Smith, es Dios quien ha establecido las normas morales; es Dios quien ha planificado la máquina del universo para logra la mayor cantidad posible de felicidad; es la mano de Dios la que hace funcionar ordenada y armoniosamente la sociedad humana y la que se encarga de que las acciones egoístas de los seres humanos beneficien automáticamente a toda la sociedad; y es también Dios el que ha distribuido de la propiedad de la tierra entre unos pocos patronos. Así pues, como es Dios quien se encarga de administrar la sociedad humana, los seres humanos no deben regular el mercado ni intervenir en la propiedad de la tierra. Lo que tienen que hacer es respetar las decisiones divinas.

Pocos años después de que se imprimiera la *Teoría de los sentimientos morales*, en 1767, el francés Mercier de la Rivière (1720-1793) publicó un tratado en el que no solo prescindía por completo de la moral en su pensamiento económico, sino que llega incluso a decir que los que viven aceptando la propiedad privada y la libertad de mercado son, “humanamente hablando, los hombres más virtuosos”:

“No sintáis preocupación alguna ahora por nuestra moral ni por nuestras costumbres. Es socialmente imposible que éstas no queden conformadas por sus principios; es socialmente imposible que hombres que viven bajo leyes tan simples (la propiedad y la libertad de mercado),

<sup>23</sup> *Ib.* Parte VII, sección III, 1, p. 552.

<sup>24</sup> *Ib.* Parte IV, 1, pp. 332-333. Como es bien sabido, el pensamiento de A. Smith estuvo muy influido por el de I. Newton. Pues bien, según el físico inglés, los movimientos de los cuerpos celestes habían sido ordenados por Dios. Por lo tanto, cuando el filósofo escocés emplea la metáfora de “la mano invisible” parece que se está refiriendo a Dios, porque era también Dios el que había ordenado la sociedad humana.

<sup>25</sup> *Ib.* Parte IV, 1, p. 333.

que hombres que una vez llegados al conocimiento de lo absoluto se han sometido a un orden cuya base es por esencia la justicia y cuyas ventajas sin límites les son evidentes, no sean, humanamente hablando, los hombres más virtuosos”<sup>26</sup>.

El propio Adam Smith, que en la *Teoría de los sentimientos morales* se mostraba partidario de moderar el egoísmo de los seres humanos, en la *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* no le pone ya ningún freno. En efecto, en esta obra justifica que los comerciantes actúen buscando únicamente su propio interés:

“No es la benevolencia del carnicero, el cervecero, o el panadero, lo que nos procura nuestra cena, sino el cuidado que ponen ellos en su propio beneficio. No nos dirigimos a su humanidad sino a su propio interés, y jamás les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas”<sup>27</sup>.

Es más, para Adam Smith los que buscan únicamente su propio beneficio son conducidos, “natural o mejor dicho necesariamente”, a realizar las actividades económicas que son “más beneficiosas para la sociedad”:

“Cada individuo está siempre esforzándose para encontrar la inversión más beneficiosa para cualquier capital que tenga. Es evidente que lo mueve su propio beneficio y no el de la sociedad. Sin embargo, la persecución de su propio interés lo conduce natural o mejor dicho necesariamente a preferir la inversión que resulta más beneficiosa para la sociedad”<sup>28</sup>

Para justificar una idea tan contraria al sentido común recurre una vez más al argumento teológico de la “mano invisible”:

“Al preferir dedicarse a la actividad nacional más que a la extranjera él solo persigue su propia seguridad, y al orientar esa actividad de manera de producir un valor máximo él busca sólo su propio beneficio, pero en este caso como en otros una mano invisible lo conduce a promover un objetivo que no entraba en sus propósitos. El que sea así no es necesariamente malo para la sociedad. Al perseguir su propio interés frecuentemente fomentará el de la sociedad mucho más eficazmente que si de hecho intentara hacerlo. Nunca he visto muchas cosas buenas hechas por los que pretenden actuar en bien del pueblo”<sup>29</sup>.

“Frecuentemente”, ha dicho Adam Smith. Parecer ser, por lo tanto, que el filósofo escocés no tenía una fe tan ciega como otros defensores del liberalismo económico en la función armonizadora del mercado. En efecto, a diferencia de lo que ocurría en la *Teoría de los sentimientos morales*, en la *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* el orden del mercado solo sirve para conciliar los intereses particulares de los individuos y los generales de la sociedad, pero no los intereses particulares de los individuos entre sí. Por eso reconoce que los intereses de los obreros y los patronos pueden entrar en conflicto:

“Los salarios corrientes dependen en todos los lugares del contrato que se establece normalmente entre dos partes, cuyos intereses en modo alguno son coincidentes. Los trabajadores desean conseguir tanto, y los patronos entregar tan poco como sea posible. Los

---

<sup>26</sup> M. DE LA RIVIÈRE, *L'ordre naturel et essentiel des sociétés*. Cita tomada de F. GÓMEZ CAMACHO, “Filosofía moral y ciencia económica: una reflexión histórica”, en ICADÉ 19 (1990), p. 168.

<sup>27</sup> A. SMITH, *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, lib. I, 2. Madrid, Alianza Editorial, 2011, p. 46.

<sup>28</sup> *Ib.*, lib. IV, 2, p. 552.

<sup>29</sup> *Ib.*, lib. IV, 2, p. 554.

primeros están dispuestos a asociarse para elevar los salarios, y los segundos para disminuirlos”<sup>30</sup>.

El mismo conflicto de intereses se da entre los comerciantes, los industriales y los obreros:

“Nuestros comerciantes e industriales se quejan mucho de los efectos perjudiciales de los altos salarios, porque suben los precios y por ello restringen la venta de sus bienes en el país y en el exterior. Nada dicen de los efectos dañinos de los beneficios elevados. Guardan silencio sobre las consecuencias perniciosas de sus propias ganancias. Solo protestan ante las consecuencias de las ganancias de los otros”<sup>31</sup>.

Sin embargo, Adam Smith era consciente de que se podían producir desajustes en el mecanismo del mercado, por ello pide la intervención del Estado en las actividades económicas<sup>32</sup>. Pero, como piensa que los políticos la mayoría de las veces en lugar de arreglar las cosas lo que hacen es empeorarlas, prefiere que se abstengan de hacerlo:

“Cuál será el tipo de actividad local en donde su capital se puede invertir y cuya producción pueda ser de un valor máximo es algo que cada persona, dadas sus circunstancias, puede evidentemente juzgar mucho mejor que cualquier político o legislador. El político que pretenda dirigir a las personas privadas sobre la forma en que deben invertir sus capitales no solo se carga a sí mismo con la preocupación más innecesaria, sino que asume una autoridad que no debería ser delegada con seguridad en ninguna persona, en ningún consejo o senado, y que en ningún sitio es más peligrosa que cuando está en las manos de un hombre tan insensato y presuntuoso como para fantasear que es realmente capaz de ejercerla”<sup>33</sup>.

La desconfianza de Adam Smith en las decisiones de los políticos se confirmaría bien pronto. Recordemos que, pocos años después, para favorecer los intereses de la burguesía industrial que necesitaba trabajadores para sus empresas, no solo privatizaron las tierras comunales, lo que obligó a miles de campesinos a buscar trabajo en las fábricas, sino que aceptaron que cada día los niños de nueve a trece años pudieran trabajar en ellas hasta nueve horas y los jóvenes de trece a dieciocho años hasta doce horas.

### Los nuevos planteamientos del liberalismo económico

La doctrina del liberalismo económico, como no podía ser menos, ha recibido distintas versiones a lo largo del tiempo. Simplificando un tanto las cosas podemos decir que hay tres grandes escuelas de pensamiento económico liberal que se distinguen por el distinto grado de intervención del Estado en el mercado que están dispuestas a admitir: la escuela marginalista, la escuela keynesiana y la escuela neoliberal.

---

<sup>30</sup> *Ib.*, lib. I, 8, p. 110.

<sup>31</sup> *Ib.*, lib. I, 9, p. 151. Poco después, el economista David Ricardo (1772-1823), que no era un filósofo moral, sino un habil negociante que logró amasar una gran fortuna, justificó la llamada “ley de hierro de los salarios”, diciendo que la remuneración de los trabajadores tiende “naturalmente” a limitarse a lo que es necesario para asegurar su subsistencia y la reproducción de la especie humana.

<sup>32</sup> “Si leyéramos *La riqueza de las naciones* y tomásemos nota de todos los casos en que Smith exige actuación estatal, cuando llegáramos al final del texto habríamos recopilado una larga lista de funciones económicas públicas. Pero si el lector apuntara cada vez que Smith sostiene que el Estado realiza una intervención económica innecesaria o perjudicial, también reuniría una larga lista”. H. S. GORDON, *Historia y filosofía de las ciencias sociales*. Barcelona, Ariel, 1995, p. 165.

<sup>33</sup> A. SMITH, *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, lib. I, 2. Madrid, Alianza Editorial, 2011, p. 554.

La escuela marginalista, a la que pertenecen L. Walras, W. S. Jevons y C. Menger, se desarrolló a partir de 1870. Estos autores, disconformes con la teoría objetiva del valor-trabajo de la escuela clásica, porque servía para justificar que los trabajadores exigieran que sus rentas fueran mayores que las que recibían los capitalistas, propusieron una nueva teoría del valor, subjetiva en este caso, la teoría de la utilidad marginal. Según esta teoría el valor de un bien no depende del trabajo que cuesta producirlo, sino de lo que el consumidor está dispuesto a pagar por una unidad adicional del mismo. Dejan, pues, a un lado el “valor” objetivo de las cosas, y se fijan solo en el “precio” que resulta de la ley de la oferta y la demanda, con lo que las rentas de los capitalistas, por altas que fueran, quedan justificadas<sup>34</sup>.

Los partidarios de la escuela marginalista, por lo tanto, no son partidarios de intervenir en la economía, dado que, según ellos, el orden del mercado conduce al equilibrio general con pleno empleo. Incluso reforzaron el mecanicismo de sus predecesores recurriendo constantemente a las matemáticas para demostrar el carácter “natural” del valor de cambio y el valor “científico” de su pensamiento económico. La llamada ahora “economía política pura” se ha convertido en una pura teoría que se construye sin tener debidamente en cuenta la realidad y calificando de “natural” lo que no lo es.

La escuela keynesiana fue iniciada por John Maynard Keynes (1883-1946) como respuesta a la Gran Depresión de 1929. Keynes no solo admite un mayor grado de intervención en la economía, sino que rechaza rotundamente algunas de las ideas sobre las que se había construido el liberalismo económico:

“Desprendámonos de los principios metafísicos o generales sobre los que se ha venido basando de tiempo en tiempo el *laissez faire*. No es cierto que los individuos posean una obligada “libertad natural” en sus actividades económicas. No existe “pacto” alguno que confiera derechos perpetuos a los que Tienen o a los que Adquieren. El mundo *no* está dirigido desde arriba de forma que coincidan siempre los intereses privados y los generales. No puede deducirse en forma correcta de los principios de la economía que el interés propio redunde siempre en el interés general. Tampoco es cierto que el interés propio esté inteligentemente dirigido; es más frecuente que los individuos que actúan por separado para conseguir sus propios fines sean demasiado ignorantes o demasiado débiles incluso para alcanzarlos”<sup>35</sup>.

El autor británico, al destruir la supuesta reconciliación automática entre el egoísmo privado y el bien común que habían defendido tanto los economistas clásicos como los neoclásicos, introdujo de nuevo la moral en el pensamiento económico:

“...quiero subrayar fuertemente el punto de que la economía es una ciencia moral. Mencioné anteriormente [en otra carta] que se ocupa de la introspección y de los valores... Es como si la caída de la manzana al suelo dependiera de los motivos que la manzana tuviera para caer, de que le mereciera la pena caer y de que la tierra quisiera recibirla, así como de los

---

<sup>34</sup> Se puede incluso pensar que, consciente o inconscientemente, la teoría subjetiva del valor de la Escuela Austriaca se inventó para conseguir que la teoría objetiva del valor-trabajo de los clásicos, según la cual es el trabajo que cuesta producir los bienes y servicios lo que les da valor, no se utilizara para reclamar que los obreros recibieran mejores salarios por su trabajo, puesto que eran ellos los que creaban el valor. La Escuela Austriaca, en cambio, al decir que el valor de las cosas depende de lo que el consumidor está dispuesto a pagar por ellas, sirve para justificar que no sean los trabajadores, sino los empresarios, los que se queden con la mayor parte del valor producido.

<sup>35</sup> J. M. KEYNES, *Essays in Persuasions*, p.312. Cita tomada de J. ROBINSON, *Filosofía económica*. Madrid, Editorial Gredos, 1966, p. 93.

errores de cálculo cometidos por la manzana sobre lo lejos que se encontraba del centro de la tierra”<sup>36</sup>.

Los keynesianos, como no están de acuerdo con la idea de que el mercado tiende al equilibrio general con pleno empleo, proponen una teoría alternativa concediendo una especial importancia a la demanda agregada (consumo, inversión y gasto público) a la hora de crear empleo. Otorgan, por lo tanto, un papel preponderante a la demanda, mientras que la escuela marginalista lo otorga a la oferta, y piensan que hay que perseguir el desempleo antes que la inflación. Así pues, no confían en la eficacia automática de los mercados, sino que, al menos en algunas circunstancias, piden que sean estimulados incrementando el gasto público.

Después de la II Guerra Mundial las democracias triunfadoras para enfrentarse al peligro del comunismo decidieron construir Estados sociales asegurando un mínimo de bienestar a sus ciudadanos. Incluso el pensamiento económico liberal se mostró partidario de construir un sistema económico de carácter mixto que estuviera convenientemente regulado<sup>37</sup>. Pero en cuanto las circunstancias históricas lo permitieron, otros economistas liberales, como Friedrich Hayek (1899-1992) y Milton Friedman (1912-2006), recuperaron los planteamientos más radicales del liberalismo económico y defendieron de nuevo la idea de que había que reducir al mínimo la intervención del Estado en la economía, dando origen a lo que se ha dado en llamar neoliberalismo.

Las políticas económicas neoliberales triunfaron en EEUU y en Gran Bretaña en la década de los 80 y se impusieron después en la mayoría de los países desarrollados. Estas políticas, que promovieron una importante desregulación de los mercados, fueron aprovechadas por las grandes empresas capitalistas, sobre todo por las financieras, para obtener ingentes beneficios sirviéndose para ello de todo tipo de maniobras especulativas. Como consecuencia de ello la desigualdad económica y social existente entre los seres humanos ha aumentado gravemente, signo evidente de que las políticas económicas neoliberales favorecen el crecimiento de las rentas del capital a costa de las rentas del trabajo.

## Conclusión

Como hemos visto, algunos liberales admiten una cierta intervención de los poderes públicos en la economía. Otros, como F. A. Hayek, piensan que cualquier intervención conduce a la planificación central de la economía y al colectivismo<sup>38</sup>. Pero, evidentemente, no hay necesidad de entenderla de ese modo. Los poderes públicos pueden regular la economía, como reconocen otros autores, sin prescindir por completo del mercado y sin eliminar la propiedad privada. Así, por ejemplo, el famoso economista americano Paul Antony Samuelson, al que nadie calificaría de antiliberal, reconoce que “los poderes políticos han de intervenir y modificar la actividad económica privada”<sup>39</sup>.

---

<sup>36</sup> J. M. KEYNES, *Collected Writings*, vol. XIV, p. 300. Cita tomada de F. GÓMEZ CAMACHO, “Ética y economía: ¿por qué el diálogo es tan difícil?”, en I. MURILLO (Coord.) *Filosofía práctica y persona humana*. Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2004, p. 200.

<sup>37</sup> “A partir de cierto momento del siglo XIX, en casi todos los países dignos de ser tomados en cuenta se ha apreciado un aumento constante de las funciones económicas de los estados. Dejando a los historiadores la tarea de buscar los importantes factores causantes de esta orientación general, bastará decir aquí que nuestro sistema económico tiene un carácter mixto, basado en la libre empresa, pero con una regulación económica ejercida por instituciones públicas y privadas”. P. A. SAMUELSON, *Curso de economía moderna*. Madrid, Aguilar, 1972, p. 40. La edición original inglesa es de 1948.

<sup>38</sup> Cf. F. A. HAYEK, *Camino de servidumbre*. Madrid, Alianza Editorial, 2011.

<sup>39</sup> “Los casos extremos del *laissez faire* y de la dictadura totalitaria de la economía sirven para dramatizar los principios económicos, pero hoy no se trata de elegir uno de esos dos polos como política, sino de decidir el grado en que los poderes públicos han de intervenir y modificar la actividad económica privada”. P. A. SAMUELSON, *Curso de economía moderna*. Madrid, Aguilar, 1972, p. 43.

De hecho, en la actualidad, como el campo de lo económico está dominado por el Estado a través de todo tipo de leyes, como las sucesorias, las fiscales, las presupuestarias, las de la energía, las de la vivienda, las laborales, las que controlan los medios de pago y crédito, etc., hay que ser muy inocente para creerse que vivimos en un sistema económico que no está intervenido, aunque algunos prefieran decir que lo que está es “regulado”.

Hay que tener en cuenta que como la economía no es solamente una ciencia puramente teórica o descriptiva, sino que es también una ciencia práctica y normativa, la adopción de una política económica determinada tendrá que estar no solo científica, sino también moralmente justificada. En efecto, las políticas económicas son políticas sociales, por eso cuando se bajan los impuestos directos (IRPF) y se suben los indirectos (IVA o IGIC) se ha elegido una medida de política económica que es socialmente injusta porque favorece a los ricos y perjudica a los pobres.

Por la misma razón, no se puede adoptar la misma política económica en naciones que tienen problemas sociales distintos. Alemania, que tiene poco paro, ha adoptado una política económica basada en la austeridad, porque su objetivo es reducir el déficit público. España, con muchos parados, necesita políticas económicas keynesianas, porque su primer objetivo debe ser crear empleo. Sin embargo, la troika comunitaria ha impuesto en España la política económica que conviene a los alemanes: una política de austeridad combinada con una reforma laboral que perjudica a los trabajadores. Los resultados están a la vista de todos: la deuda española aumenta y el paro no disminuye.

Ahora bien, no podemos achacar solo a los economistas el error de adoptar políticas económicas equivocadas, porque hay muchos y buenos economistas que critican la política económica de la Comunidad Europea. La culpa la tienen sobre todo los políticos que nos gobiernan que prefieren escuchar a los que defienden un pensamiento económico claramente ideológico que está al servicio de los poderes económicos porque ellos también lo están. Así se explica que, a pesar de las continuas crisis económicas y sociales que causan las políticas económicas liberales y neoliberales, éstas sigan dirigiendo la economía de los países desarrollados. Con estas políticas no solo no saldremos de las crisis económicas, sino que estamos provocando crisis sociales que se manifiestan en las graves desigualdades existentes entre los seres humanos. Y estas crisis no terminarán si se sigue sometiendo la economía a la dictadura de los mercados. Los mercados tienen que estar al servicio de la economía y no al revés. Es necesario construir un nuevo sistema económico en el que los mercados estén debidamente sometidos a las exigencias de la justicia.

Por lo tanto, como el liberalismo económico no es una doctrina científica, sino ideológica, una doctrina que se ha construido para favorecer a ciertos grupos y/o a ciertas clases sociales, aunque sea a costa de producir graves desigualdades entre los seres humanos, de fomentar el egoísmo hasta el punto de poner en peligro la convivencia social, y de destruir el medioambiente al poner la economía al servicio de la producción y el consumo ilimitado de bienes materiales, es necesario construir un nuevo pensamiento económico que, a diferencia del liberal, integre las exigencias de la razón científica y las de la razón moral, un pensamiento que vuelva a anteponer lo social a lo individual y lo justo a lo injusto.

\*\*\*